

■ Parece que nadie sabía de su existencia, pero desde hace dos años un grupo de educadores de la Universitat de València intentan que se cumpla la Ley Integral de Violencia de Género allí donde no llega la Administración Pública. Así, desde hace

dos años, 30 abogados, psicólogos y criminólogos imparten los cursos para maltratadores de forma voluntaria y gratuita en dos aulas de la Facultad de Psicología. Y han pasado 150 condenados por el «Programa Contexta» y algunos quieren repetir.

«PROGRAMA CONTEXTA»

«Que sepan que la sociedad no los tolera»

Unos 150 condenados por violencia machista asisten al primer curso de reeducación en Valencia

Regina Laguna, Valencia «Si lo llego a saber, voy a la cárcel», exclaman un empresario condenado por un delito de violencia de género contra su pareja el primer día que llegó al curso del «Programa Contexta» para reeducación de maltratadores que organiza la Facultad de Psicología en la Universitat de València a través de un convenio con los Servicios Sociales Penitenciarios, que son quienes remiten a los condenados.

El programa comenzó en 2006 como una investigación y, de forma voluntaria y altruista, Marisol Lila propuso la puesta en marcha de estos cursos que, en estos momentos, son el primer bastión en Valencia para el cumplimiento de la Ley Integral de Violencia de Género aprobada en diciembre de 2004 respecto a la reeducación de los condenados por malos tratos.

«Se me pone la carne de gallina con los grupos nuevos que dicen», comenta Amparo Peris, abogada y encargada del módulo legal. Junto a ella, otros 30 monitores —psicólogos, abogados y criminólogos— se hacen cargo en estos momentos de 150 condenados por malos tratos derivados de Instituciones Penitenciarias para el cumplimiento de la condena. En todos estos casos, al tratarse penas inferiores a los dos años de cárcel, la ley les da la posibilidad de sustituirlos por la asistencia a un curso de reeducación.

Cuatro días a la semana durante nueve meses lectivos, los penados remitidos por el Centro de Inserción Social (CIS) van llegando a la universidad. Los tres psicólogos de Picassent no pueden absorber a todos los maltratadores.

Los primeros cursos de maltratadores los crearon los grupos feministas en los años 70 en Estados Unidos. «Toda la ayuda y protección, para la víctima. Pero son ellos los que tienen que cambiar, debemos decirles que la sociedad no va a tolerar su actitud», explica Marisol Lila. La directora del «Programa Contexta» tiene fe en los cursos, pero «aún no podemos hablar de efectividad porque no hay recursos para evaluarlos».

El último grupo que ha llegado son 17. «Los esperamos chulitos, pero luego ves que vienen asustados e intentan cumplir con la sesiones porque están intentando portarse bien. Sólo porque vienen de forma voluntaria ya es síntoma de que funciona», añade Marisol.

Cuando llegan se les somete a un cuestionario para evaluarlos. «Del principio al final, el cambio

■ **«Los esperábamos chulitos, pero luego ves que vienen asustados e intentan portarse bien»**

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

LOS OTROS

Desde que se me denunció por malos tratos:

- 1 Siento el rechazo de algunas personas. 2 Hay quien ya no me hablan. 3 Me siento incómodo en el lugar donde vivo. 4 La gente se porta igual conmigo.

EL HECHO

En su opinión, la violencia doméstica contra la mujer es:

- 1 Inaceptable en todas las circunstancias y siempre punible. 2 Inaceptable, pero no siempre punible. 3 Aceptable en algunas circunstancias.

LA OTRA

¿En qué circunstancias una mujer debería denunciar por malos tratos a su pareja?

- 1 Tan pronto se sienta amenazada aunque no haya agresiones. 2 Cuando haya agresión aunque no sea grave. 3 Sólo cuando haya una agresión grave.

es radical, porque el primer día el 90% es inocente. Y el último, el 80% reconoce ser el culpable de la agresión. 2 Cuando haya agresión aunque no sea grave. 3 Sólo cuando haya una agresión grave.

es radical, porque el primer día el 90% es inocente. Y el último, el 80% reconoce ser el culpable de la situación y muchos quieren seguir con el programa otro año», añade la directora del curso.

Hay que conocer su entorno, su familia, su contexto social y laboral. A continuación viene el «roll-playing», en el que el maltratador se pone en el papel de la víctima. «Ayuda mucho que siempre haya uno que reconozca su culpabilidad. Pero tenemos todos los prototipos: el gallo, el «moro» aunque no sea musulmán, el machito latino...», comenta una monitora.

Mitad españoles y mitad emigrantes

«La realidad es que, al menos, se ejerce un control social sobre alguien que, de otro modo, estaría en la calle sin cumplir ninguna condena», explica Marisol Lila. El grupo mayoritario es de clase baja, pero también hay de muy alta. Un poco más del 50% son españoles y el resto emigrantes, una mitad latinoamericanos y la otra, de Europa del Este y África.

Los cursos se dividen en siete módulos de trabajo que pasan desde la evaluación a la fase de intervención con un primer contacto que exige un contrato de compromiso y la explicación de los conceptos básicos sobre violencia. «Mi abogado me ha vendido», es su segunda frase. Nadie entiende que «eso» esté penado por la ley porque, como algunos dicen, «en mi país es normal».

Los «alumnos» van de 18 a 74 años, el espectro de la violencia no tiene edad. «Hay hombres mayores que vienen «asustados» y otros con humos. Pero los jóvenes llegan resignados», destaca la directora. Son conscientes de lo que les espera en la nueva sociedad que despierta a la igualdad.



FERNANDO BUSTAMANTE

REUNIÓN. Parte del grupo de educadores, en una reunión de trabajo, antes de impartir la clase del día.

EL «ALMA MATER»



MARISOL LILA
DIRECTORA DEL «PROGRAMA CONTEXTA»

El eje del plan

«Para saber si les ha servido el curso, no puedo contar con que han venido a clase, sino que necesito comprobar que han cambiado su actitud en su entorno, con sus familiares. No podemos saber si el cambio es real hasta que ellos se vean en la sociedad en una situación real».

«No hay dinero ni para fotocopias»

La polémica saltó el pasado 26 de febrero, cuando cuatro mujeres fueron asesinadas en diversas ciudades de España por sus ex parejas. Una de ellas era una vecina de Cullera, cuyo agresor había sido condenado por malos tratos y debía someterse a un curso de reeducación. No llegó a tiempo. A la primera cita con los Servicios Sociales, ya no acudió. Días después asesinó a su mujer en un bar. Alguien preguntó dónde estaban esos cursos en Valencia.

Están en la universidad porque nadie más los ha puesto en marcha, pese a que son competencia de Justicia. Porque la Facultad de Psicología presta dos aulas y un despacho al equipo de

educadores. Y porque un grupo de 30 profesionales (sólo tres son hombres) cree en ello y, de forma gratuita y generosa, imparte las clases. En enero de 2006 se diseñó el programa, dos meses después hay una reunión con la Consejería de Justicia y, luego, el olvido. En noviembre de ese año, el CIS envía el primer penado para forzar la situación. Y el programa sigue desde entonces sin presupuesto ni subvenciones. Marisol Lila, directora de los cursos, se muestra impotente ante la inhibición de las Administraciones Públicas. «No nos paga nadie, no hay dinero para fotocopias ni teléfono y tengo que ir echando mano de bolígrafos».